

pos al criterio de los principios evangélicos de orden, de paz, de libertad, de justicia, de caridad, que son ley de vida para toda sociedad humana.

Bien lo véis, hay vasto campo abierto á vuestros estudios, del lado de las ciencias humanas como de las divinas; aunque no sea cosa de andar todo en vuestros cortos años de formación y aprendizaje. Sólo una cosa os pido: que durante ese tiempo toméis afición al estudio y generosa y firme resolución de aprender todos los días de vuestra vida. Comenzad desde jóvenes la selección y provisión de notas y datos que con el tiempo serán vuestro granero de abundancia. Leed, medidad, escribid mucho; de todo lo que os llame la atención en vuestros estudios, de todo pensamiento nuevo, original, espontáneamente nacido en vuestros espíritus al contacto de otros pensamientos, con ocasión de sucesos importantes ó ante un espectáculo conmovedor, formad colecciones bien clasificadas y ordenadas á donde acudiréis cuando sintáis languidecer la virtud creadora de vuestra inteligencia, cuando necesitéis nutrir y adornar las instrucciones que el pueblo cristiano espera de vosotros. Recordar una vez más, y aplicaos lo de S. Bernardo: «Llenarse primero, para poder dar de lo que abunda: *Implere prius, et sic curate effundere.*»

CAPÍTULO IV

MODELOS DE ELOCUCIÓN SAGRADA.—LA ESCRITURA

Os habéis dedicado al estudio de la ciencia sagrada, y sin que la poseáis por completo, os supongo en disposición de comunicar á otros parte de vuestro tesoro. Esta comunicación se hace por la palabra; y tenéis que saber hablar.

Como todas las artes, el de la palabra requiere aprendizaje, y este supone conocimiento de las reglas y estudio de los modelos.

Las reglas las enseña la Retórica, y no hemos de volver aquí sobre ellas. Son muy útiles; no obstante «sin ella, dice San Agustín, he conocido hombres más elocuentes que la mayor parte de los que las habían aprendido, pero no he visto á nadie que fuese elocuente sin haber leído ú oído la palabra de los buenos oradores» (1).— Aficionaos al estudio de los modelos; y ya que

(1) *Sine praeceptis rhetoricis novimus plurimos eloquentiores plurimis qui illa didicerunt; sine lectis vero et auditis eloquentium disputationibus vel dictionibus, neminem.* (De Doctrina christiana, l. IV, III.)

habéis de anunciar la palabra de Dios, muy natural es que toméis é imitéis en primer lugar los acentos de que ella misma se sirve para darse á conocer al mundo.

Además de ser la Sagrada Escritura la primera fuente de ciencia para el predicador, es también el primer modelo de su elocuencia. En ella encontraréis máximas profundas, interesantes relatos, imágenes graciosas y expresivas, sencillas y encantadoras descripciones, cuadros llenos de nobleza y de vida, terribles amenazas de la justicia de Dios, tiernos llamamientos de su misericordia, magníficas promesas de su liberalidad infinita, rasgos sublimes de indignación, de ira, de admiración, de amor. La Fontaine exclamaba después de leer la profecía de Baruc: «¡Es un genio!»—y á cuantos veía, preguntaba: «¿Has leído á Baruc? ¿Era todo un genio!»—Hería su alma aquel singular carácter de la Biblia que se revela á todo hombre inteligente y exento de preven- ciones, carácter notado y venerado por los más grandes talentos que han honrado á la humanidad: tal es lo sublime.

Por singular privilegio, las ideas bíblicas despojadas de su vestido original, de esa lengua profunda, misteriosa, viva, potente, pintoresca, sonora, en que fueron concebidas, traducidas literalmente á idiomas fríos ó por lo menos extra-

ños al genio oriental, empobrecidas y desfiguradas por doble ó triple tortura, tienen aún virtud de producir en nosotros la sensación de lo sublime, indescriptible emoción que electriza todo nuestro ser, suspenda nuestra vida y prorrumpe en voz de admiración y lágrimas sin dolor. Reparad las Escrituras desde aquellas palabras solemnes que abren el poema de la creación: «Hágase la luz, y la luz se hizo,» hasta el patético grito de los Macabeos, dispuestos á sepultarse entre las ruinas de su patria deshonrada: «Muramos todos en nuestra inocencia;» desde aquel *In principio*, que anuncia la eterna generación del Verbo, hasta las últimas visiones y cánticos del Apocalipsis: doquiera resalta lo sublime.

Pero en modo especial son arroyos de elocuencia el admirable libro de Job, los Salmos, los Profetas, el Evangelio y las Epístolas de San Pablo.

¡Qué elocuencia en los gemidos, imprecaciones, justificaciones y entusiasmo de la infortunada víctima de Satanás, tan noble en su fortaleza, en su paciencia y en los triunfos de su grande alma!

¡Qué elocuencia en los salmos de aquel á quien el pueblo hebreo llamaba su *delicioso cantor*! ¿Sería *David* un genio? Es posible; pero ya nos advierte que no habla por su cuenta: «Su

lengua viene á ser dócil pluma de rápido escritor: *Lingua mea calamus scribæ velociter scribentis.* Poseído de las perfecciones y glorias del Altísimo, nos le revela triunfante ya en luminosas cumbres, ya sobre humilladas ruinas; canta en melancólicas notas los grandes infortunios, llora sobre sepulcros, describe las punzantes inquietudes del remordimiento y las saludables angustias de la penitencia; ensalza á la justicia que oprime y á la misericordia que levanta; hace oír el chasquido de sus huesos humillados, los tiernos suspiros de su corazón contrito, las acciones de gracias de una alma regenerada por el perdón; condena la iniquidad y aplaude la inocencia; proclama la verdad, grandeza, justicia, pureza, mansedumbre y suave poder de la ley de Dios; ora suplica, implora con apasionado ardor. Es suave, fuerte, conmovedor, magnífico, y lo es aún más al cantar en las cuerdas más armoniosas de su arpa al que ha de renovar su estirpe decaída y cuya imperfecta imagen viene á ser él mismo. No nombra á Cristo, pero en cada página se vislumbra, y hay que decir: ¡El es!—El Verbo de Dios que había de anonadarse en nuestra carne, no quiso aparecer en los Salmos sino envuelto en rico manto de poesía ya grave, ya impetuosa, ya grandiosa, ya sublime, en que todo á porfía es admirable: la marcha sencilla y rápida,

la coordinación profundamente sabia y de ordinario majestuosa del movimiento y del plan, ó la rara limpidez, fecunda sobriedad, facilidad y energía lírica de la expresión.

Es David gran maestro y gran modelo de elocuencia sagrada, pero hay otros después de él, que son todos los Profetas.

Va en primera línea, Isaías. Fué el cantor de la restauración religiosa en Judá. Dios le manifestó los misterios de las edades futuras, para que en tal forma los pintara, que mereciera llamarse *el Evangelista del Antiguo Testamento*. La grandeza de sus oráculos mide su importancia en la ciencia sagrada; y por la brillantez de sus conceptos, sublimidad y perfección de estilo, es superior á cuantos han escrito visiones proféticas. Hase dicho de él que era el águila de la literatura sagrada, el Demóstenes y el Píndaro de los Hebreos.

En efecto, es águila por la elevación de sus pensamientos, Demóstenes por lo vivo de su elocuencia, Píndaro por su entusiasmo lírico. Contempla la gloria de Dios, y consigo nos eleva hasta el trono del Eterno. A cada instante apostrofa al cielo, á la tierra y á todos los pueblos, cual si quisiera mover y estremecer á toda criatura con el acento de su palabra. Que amenace, increpe ó consuele, siempre halla al caso cuadros aterrado-

res, agudas invectivas y duros azotes que de su letargo despiertan á las almas, y sus discursos llenos de tierna unción, cual benéfico rocío, descienden sobre los corazones marchitos y angustiados. Cuando interroga á la naturaleza y á los siglos, respóndele todos los ecos del espacio y del tiempo. Oyense en los confines de la tierra las amenazas del Señor y el paso de los verdugos que han de lavar en sangre el crimen de los pecadores. Mugen las ondas del mar, vense los navíos errantes, las rocas de la orilla y las islas despobladas. Siéntense derrumbar, hasta en sus cimientos, los fuertes de las ciudades prostituídas. Florece el desierto, se amansan las fieras, é inicianse los días serenos de la paz y de la misericordia divina. Como dice un autor judío, «trueno, despide el rayo y hace brillar el relámpago.» «Ni conmueve y agita sólo á la Grecia, como se ha dicho de Pericles; sino que parece trastornar y confundir cielo, tierra, toda la naturaleza.» En una palabra, Isaías es divino, no ya porque la inspiración resalta en cada página de sus escritos, sino porque al servicio de la inspiración desplega los infinitos recursos de la ciencia y del arte que recomiendan un hombre á la admiración de sus semejantes y le granjean el nombre de divino que daban los antiguos á Homero y á Platón. Isaías pone al servicio del espíritu de Dios profundo conocimiento del idio-

ma y esplendores del lenguaje que hacen de sus escritos un monumento inmortal, donde oradores y poetas podrán estudiar lo bello y lo sublime en su más alta expresión.

Jeremías es émulo de Isaías. Su alma es menos elevada y arrogante, pero en riqueza de imaginación le iguala, y en la ternura de su corazón le supera; su lenguaje es menos acabado, «pero la sencillez y naturalidad de su estilo se compensan, dice San Jerónimo, con la majestad y profundidad de las ideas» (1). Sobre todo, cuando describe la devastación, saqueo y desolación de las ciudades extrañas, se eleva hasta la perfección, y se acerca mucho al vigor y magnificencia de Isaías. Como orador y poeta elegíaco no tiene igual. «Sólo él, en frase de Bossuet, supo igualar el llanto á las desdichas.» Siempre es triste, lúgubre, interesante, conmovedor, pero en grado sublime. Toma sus figuras no ya de animales que simbolizan grandeza, fuerza y audacia, sino de aves tímidas y viajeras, cuales son la paloma, la cigüeña y la golondrina, símbolos de las amarguras del destierro. Es el poeta de la compasión, de los gemidos y de las lágrimas, especialmente en los notables cantos que él llama *Lamentaciones*. Sentado sobre los derruidos muros de la Ciu-

(1) «Qui quantum in verbis simplex et facilis, tantum in majestate sensuum profundissimus est.» (In Jerem).

dad santa, afligido expectador de los males de su patria, saca de su corazón inimitables acentos. Sus defectos aparecen convertidos en cualidades: la gracia y la sensibilidad, puestas en acción con habilidad en algún modo infinita, que reproduce, bajo mil formas, las mismas ideas y los mismos sentimientos. Las Lamentaciones de Jeremías son las más grandiosas y más perfectas producciones del género elegíaco; pueden servir de intérpretes á los dolores más amargos y profundos. No se desdeña el Hijo de Dios de pedir las á su Iglesia en el aniversario de su agonía, padecimientos y muerte; y cada año, nos recuerda la misma Iglesia, en su luto solemne, que Jeremías sabía llorar á lo divino.

Si no arrebatara como Isaías, habla mejor á las almas para moverlas. San Agustín le llama «el predicador más elocuente de la antigua Ley.» ¿Cómo no había de serlo quien siente tan profunda y vivamente la ruina de las almas pecadoras y de su desdichada patria, que quisiera un diluvio de lágrimas para llorarlas? ¿Cómo no ser elocuente aquel de quien Dios se apodera y á quien el Espíritu Santo atormenta cual fuego devorador? «Señor, dice, Tú me has seducido, y me he dejado seducir; eres más fuerte que yo, y has triunfado. No obstante, de mí se están mofando todo el día, soy blanco de las burlas de todos, porque

clamo tiempo ha contra la iniquidad y anuncio desastres.—Me he dicho: Olvidaré al Señor, no hablaré más en su nombre; y he aquí que siento en mi corazón cual vivo fuego que enciende mis huesos, y desfallezco sin poderlo sufrir» (1). Este divino fuego centellea y arroja llamas en los apóstrofes, imprecaciones, amenazas, quejas y gemidos del santo predicador, y sobre todo en los tiernos y urgentes llamamientos á la divina clemencia y á la conversión de las almas.

Hé ahí dos excelentes modelos de elocuencia sagrada. Bien estudiados estos, leed los demás profetas: el exuberante Ezequiel, de tan trágica y conmovedora representación, que Lowth le llama «el austero, atroz, fatídico y casi horrible Ezequiel» (2); el piadoso y prudente Daniel, que inclinándose como la divina misericordia sobre los restos desolados y abatidos de su nación, los reúne en torno de una esperanza cuya próxima realidad describe como nadie;—Baruc, complemento de Jeremías, talento eminente, poeta ilustre, cora-

(1) «*Seducisti me, Domine, et seductus sum; fortior me fuisti, et invaluisti; factus sum in derisum tota die; omnes me subsannant quia jam olim loquor, vociferans iniquitatem et vastitatem clamito. Et dixi: Non recordabor ejus neque loquar ultra in nomine illius; et factus est in corde meo quasi ignis exastuans claususque in ossibus meis et defeci, ferre non sustinens.*» (XX, 7, 8, 9).

(2) «*Servus truculentus, atrox et dictione pene horridus.*» (De sacra Poësi Hebræorum).

zón delicado, impregnado, al parecer, de unción evangélica;—Jonás, cuya persona y cuya historia profetizan;—Oseas, conciso, sentencioso y vehemente;—Amós, el pastor de Tecua, sapientísimo entre los videntes, cuyo estilo adornan graciosas y nobles figuras y cuya frase zurcen giros poéticos;—Joel, correcto, elegante, notablemente vivo y siempre admirable;—Abdías, claro, animado, presuroso, profundo, de indeclinable belleza;—Miqueas de Morasthi, que iguala á Isaías, si es que no le excede en la limpidez, vehemencia y sublimidad de su estilo y sus ideas;—Nahún, heredero del genio de Isaías y de su perfección en el arte de expresar los grandes pensamientos;—Habacuc, elegante y noble cantor de la divina Providencia;—Sofonías, profeta de negros augurios, mezclados con tiernas quejas, que canta, al fin, dulces y magníficas esperanzas;—Ageo, Zacarías y Malaquías, últimos consoladores del pueblo cautivo y próximos heraldos del que ha de venir.

Al proponeros estos modelos, tampoco se os obliga á imitarlos en todo. Tuvieron inspiraciones que vosotros no podéis pretender; hablaron en tiempos, ambientes y circunstancias que no son las nuestras. Pero sí puede y debe ser nuestra su fe, su fidelidad á la misión que se les había confiado, su apostólica intrepidez en medio de las contradicciones, su ardiente celo por la gloria de Dios

y conversión de las almas. Además hay en ellos colorido y movimiento, poesía y elocuencia, cosas que convienen á todos los auditorios. Muy bien podemos decir con el P. Longhaye que «los predicadores del Antiguo Testamento serán nuestros excelentes maestros de estilo, de ese verdadero estilo de hombre, que no es más oriental que español, más judío que cristiano: juego natural, evolución poderosa, espontánea, racional del alma, á través de ideas, imágenes y sentimientos comunes á todo lugar y á todas las edades. Por lo demás, fijémonos: no se trata ya de tomar, siquiera sea con discreción, para citar y reproducir; sino también, y principalmente, de comprender en acto el movimiento original de esas grandes almas, hacernos cargo de él y asimilárnoslo para extender en igual radio la movilidad de la nuestra. Inspiraos, no imitéis servilmente.»

«La familiaridad con esos admirables modelos puede desarrollar en nosotros dos hábitos en ellos muy salientes: precisión y viveza de color para la imaginación; vida dramática para la sensibilidad.—Resumiendo, la primitiva predicación de los Profetas, hecha por hombres y para hombres, toca todas las cuerdas del alma humana, pero con pulsación á las veces ruda y altiva, porque se dirige á un pueblo grosero, carnal é idólatra por inclinación y por instinto. Con estas

salvedades, será siempre para nosotros la elocuencia profética maravilloso repertorio de pensamientos, imágenes y sentimientos. Ella es el primer fondo de nuestro tesoro apostólico y oratorio. Dios nos libre de malversarlo. » (1)

Los Profetas prepararon la venida del Maestro de los maestros. Habiendo hablado Dios á nuestros padres de la Ley antigua por intérpretes, finalmente habló El mismo por boca de su Hijo: *Locutus est nobis in Filio.* (2) ¿Dónde está esa divina palabra? En el Evangelio. Leedle, queridos míos, medítadle, sondeadle; y ahí veréis y oiréis al Maestro por excelencia, instruyéndoos en lo que debéis enseñar y como debéis enseñar.

Lo que debéis enseñar es su doctrina, médula de la ciencia sagrada: doctrina que pone al alcance de todos la verdad, la virtud, la perfección, los medios de unión con Dios; doctrina que funde las revelaciones proféticas en un dogma luminoso y central de donde irradian esplendores sobre toda verdad, del cual parte toda dirección y dimana toda gracia, y á do convergen todas las fuerzas vivas de una magnífica asocia-

(1) La Predicación: *Grandes maestros y supremas leyes.* (Primera parte).

(2) *Hebr.*, I, 2.

ción:—tal es el dogma de la divinidad de Cristo Redentor; doctrina propia y original, en que lo antiguo, ó sea los dogmas envueltos en misteriosas sombras, el crepúsculo de las profecías, la vaga delineación de las figuras, los ritos simbólicos, las estrictas reglas del deber ajustadas á una naturaleza imperfecta, aparecen transformados por el nuevo orden de cosas, que es la revelación precisa de los más altos y profundos misterios, la espléndida manifestación de la realidad esperada, los ritos eficaces, los preceptos mejor conocidos en su plena aplicación, los consejos de perfección provocando actos heroicos y sublimes en una naturaleza éxaltada por superabundantes gracias; doctrina ante la cual se humillan las más puras, nobles y grandiosas máximas de todos los sabios que en el mundo han sido; doctrina sin vacío, ya que resuelve todas las cuestiones de origen, de naturaleza, de estado y de destinos que preocupan al espíritu humano; doctrina tan llena que aún tiene profundidades inexploradas. Diez y nueve siglos ha que la ciencia sagrada trabaja por descubrir todas sus riquezas; y hoy como el día que el apóstol San Juan desesperaba de poder contar la vida y la obra de su Maestro, altamente se persuade que jamás se hallará cabo á sus misteriosos é infinitos veneros.

Considerada en sí misma, la doctrina predi-

cada por Cristo ostenta huellas de poder y sobrehumana originalidad que le aseguran superioridad divina sobre todas las enseñanzas; y el modo en que la predicó, revela singularmente su grandeza y autoridad.

Leyendo los Profetas, véis elevarse su alma, como por impetuosos saltos, á las encumbradas alturas del pensamiento, del sentimiento y de la imagen que hemos llamado lo sublime. En el Evangelio no hay esfuerzos; el alma se ve transportada por encima de las regiones vulgares donde se agitan los pensamientos y pasiones humanos, y situada en atalayas de donde ve mejor lo grande y lo bello: por eso lo expresa con más sencillez. Lo sublime del Evangelio no es el súbito relámpago que rasga las sombras de una tempestad, sino la luz gloriosa y serena que tranquila se difunde hasta inundar la tierra y cielos. Digámoslo de una vez, lo sublime está en el Evangelio como en su patria. Muy natural, siendo Hijo de Dios quien habla.

Sin duda, no ha escrito El mismo su palabra. «La doctrina de Cristo, dice Santo Tomás, es harto excelente para consignada en letra humana. Escribiéndola El, la hubiera en cierto modo envuelto y circunscrito, exponiéndonos á no mirar encima ni allende su escritura» (1). Más valga que

(1) «*Conveniens fuit Christum doctrinam suam non scripsisse propter excellentiam (hujus) doctrinae, quae litteris comprehendi non*

el Evangelio nos colocase en presencia de ilimitada perspectiva y misteriosas profundidades, donde podemos siempre adorar, con santo temblor, la infinita ciencia y eterna sabiduría de Dios.

Ni esto impide que la palabra del divino Predicador, tal como la recogieron la Evangelistas sea otro magnífico modelo que sin tregua debemos estudiar. En ella domina la afirmación autoritativa en su más alta majestad, con todos sus encantos, delicadas conveniencias y oportunidad maravillosa. El modo de expresarse Jesucristo revela que ve á fondo y ama tiernamente á las almas á quienes se dirige, que es no sólo Maestro, sino principio de la verdad que enseña. Según nota Pascal, «dice las cosas grandes tan sencillamente que parece no las ha pensado, y sin embargo, con tal exactitud que no deja duda acerca de su pensamiento.»

El hombre que habla, quiere se le crea, pero no basta querer; y así, el espíritu humano, con todas sus ambiciones y audacias, siente necesidad de abrirse camino en las almas á quienes propone una doctrina. Sondea las resistencias, asedia, discute. Acude á todos los recursos de la

potest.... Si Christus scripto doctrinam suam mandasset, nihil altius de ejus doctrina homines estimarent quam quod scriptura contineret.» (Summ. Theol. III P., quæst. 42, a. 4).

inteligencia y del sentido común, razona, multiplica las pruebas, enlaza las tesis, trata de seducir con teorías y sistemas hábilmente dispuestos, llama en su ayuda á las pasiones. Si la fuerza de los argumentos y demostraciones no abre al fin la brecha por donde esperaba entrar, despliega el aparato de la dicción, vocaliza, sustituye las operaciones de sitio por una serenata literaria que acaso haga del alma, arrebatada, mansión propicia para instalar sus pensamientos.

Tal es el plan de enseñanza que de ordinario adoptan los sabios y filósofos que hablan en su propio nombre. Cuanto á los Profetas de la antigua Ley, que enseñaban en nombre de Dios, se ocultaron dejando toda su autoridad á la palabra de lo alto, y por el lenguaje que usan se comprende que eran sólo heraldos de un sumo Maestro, á quien el entendimiento humano debía someterse rendido.

Nada de eso veréis en la elocuencia del Salvador. Lo corriente es que su enseñanza vaya directamente al alma, sin echar mano á la discusión ni á los recursos de la elocuencia humana. Afronta las resistencias, admira á la razón más bien que la satisface, domeña las pasiones, sintetízase en fórmulas breves, claras y penetrantes que la afirmación vigorosamente introduce en los espíritus más exigentes y rebeldes.

Jesús afirma con la autoridad de un Maestro supremo, que ha probado sobradamente su misión con irresistibles señales, que no tiene sobre sí censor ni sufre el más ligero mentís. De sus labios proceden imperiosas locuciones que sólo á El pertenecen: «En verdad, en verdad, os digo;—yo, yo os digo;—yo, que os hablo;—creed en mi palabra;—haced esto;—evitad lo otro;—yo soy la luz;—yo soy camino, verdad y vida.» Es cierto que declara haber recibido su doctrina del Padre, y hablar como el Padre le ha mandado; mas en el fondo de esta confesión, bien se echa de ver entre ambos misteriosa identidad que le permite decir: Mi doctrina, mi palabra: *Mea doctrina, verbum meum*. Suya es, á juzgar por el modo con que se impone. Es evidente que al entrar en las almas, entra, en su casa, cual si allí hubiera desde largo tiempo preparado una respuesta á la soberana autoridad de sus afirmaciones. Jesús afirma: los más impenetrables misterios no quebrantarán su intrepidez. Nadie podrá comprenderlos; pero mientras quien los acepte con fe adorará su oscuridad sagrada, la orgullosa razón tratará en vano de mostrar su absurdo, pues si en ellos ha dejado tinieblas que nos humillen ante la divina inteligencia, también ha puesto luz para desafiar á todas las contradicciones. Esta luz es su palabra. «Los misterios que